

EMILIO ORIBE

EL CANTO DEL
CUADRANTE

POESIAS



MONTEVIDEO

Casa A. Barreiro y Ramos - S. A.
1938

EL CANTO DEL
CUADRANTE



861.42
0

1 POESIA URUGUAYA

EMILIO ORIBE

EL CANTO DEL CUADRANTE

POESIAS



MONTEVIDEO

Casa A. Barreiro y Ramos - S. A.
1938

DONACION
DEL
Dr. JOSE CARLOS MONTANER

OBRAS DE EMILIO ORIBE

V E R S O

- 1915 — *EL NARDO DEL ANFORA.*
1917 — *EL CASTILLO INTERIOR.*
1919 — *EL HALCONERO ASTRAL Y OTROS CANTOS.*
1922 — *EL NUNCA USADO MAR.*
1925 — *LA COLINA DEL PAJARO ROJO.*
1930 — *LA TRANSFIGURACION DEL CUERPO.*
1938 — *EL CANTO DEL CUADRANTE.*

P R O S A

- 1930 — *POETICA Y PLASTICA.*
1934 — *TEORIA DEL NOUS.*

..37897

El Canto del Cuadrante

Con alguna frecuencia, en los últimos tiempos, me he detenido a observar una garza blanca que viene a posarse sobre un reloj de sol. Es así: me adelanto a la hora de trabajo y por unos momentos soy pura contemplación y ausencia en un gran patio. Antes de dictar clase, imagino desde un banco. Los mitos vuelven a la mente. Al patio baja la luz infinita. Frente a mí, la meridiana del cuadrante es un desfiladero que entre témpanos permite huir descoloridos minutos. Las horas pasan a través de una línea de sombra. Las IX, las X, las XI. Una planta, de hojas angulosas, extiende brazadas de cullebras con escamas verdes en el basamento de mármol. La garza blanca viene una y otra vez del fondo del jardín y se posa sobre el reloj de sol. El ave picotea insectos, picotea la luz, picotea la roca del eterno tiempo.

Después, se inmoviliza, semi perdida en la claridad y en un sueño casi litúrgico se vuelve número o piedra. Hasta que llega la hora de irme a clase. Cuando regreso, veo cómo se repiten las maniobras del ave. Así, casi todos los días, en el patio de un Liceo en donde enciendo una hoguera con leños de Estagira, me entretengo en observar esa garza blanca. Se ha habituado a venir hasta el puente sobre el tiempo que está en el centro del jardín. Dícenme que se acerca en busca de los insectos que crecen entre las serpientes verdinegras adueñadas

de la base del cuadrante. Por fin, el ave suele hacer con la pulcritud e inmovilidad de su cuerpo y el sitio en que descansa, una fábrica de muerta piedra y vivas plumas. Que todas esas circunstancias tienen un sentido es lo que va a revelarse en este poema.

En este jardín
los mitos vuelven
a la mente.
El tiempo es la serpiente
sin principio, ni fin.

¡Una garza de plata en un cuadrante!
Yo la dibujaría
luchando con una serpiente
al fin de esta poesía.

Puente sobre el tiempo, el cuadrante
se afirma en duración e idea pura.
La ley del universo
busqué en su arquitectura.

Otros mitos anuncian
su presencia.
La garza, toda enigma y transparencia,
esclava del instante,
es mi existencia.

A través de la piedra
huyen las horas con talón desnudo.
Vuelvo a ser el paladín de los símbolos,
sin lanza, ni escudo.

El misterio del ave en reposo
está en el espacio y en el puente.
Y el tiempo veo huir en la dinámica
de la serpiente.

Se objetiva en el dédalo del número,
lo sublime de la eterna rueda.
Lo fugaz, como lo inmutable,
aprisionado en un círculo queda.

Pienso en la serpiente cuyo anillo
no se extingue, ni se usa;
luego miro trepar vegetales culebras
que hacen del cuadrante cabeza de Medusa.

¿Qué es, entonces, el tiempo?
Arde el cuadrante como bíblica zarza.
La serpiente trae en la boca el fuego
que fundirá el mineral de la garza.

Es en vano que su clarín en los siglos,
sin cesar el heraldo repita.
No se alterarán los trágicos diamantes
de la lógica infinita.

Puente sobre el tiempo, el cuadrante
perece, y deja fluir un agua oscura.
La ley del universo
lloro en su arquitectura.

Allí la eternidad es geometría.
Allí la duración que en el mármol penetra,
se convierte en historia. Allí el espíritu
sufre injurias del número y la letra.

Detrás del paso del valiente ejército,
es en vano buscar las horas.
Cuando nos disponemos a verlas
ya han fugado hacia otras auroras.

La dialéctica de los derrotados
sólo se oye, entre los heridos.
El ejército huyó con lo más nuestro:
sólo veréis heraldos perdidos.

La hoguera del vivir, decoro del mundo,
arde ante mí: y es ave y luz y ola.
La serpiente en un círculo la extingue,
al morderse la cola.

Los cuerpos retornan al limo.
Sólo se perciben llanos desiertos.
La tierra recoge las formas humanas
y nutre sus minas con ojos de los muertos.

No es más que una carne de siglos
en su entraña, la arcilla.
Más animal que vegetal,
y por ello, más próxima a la maravilla.

Las ideas de filósofos y santos
allí diré, al morir. Junto con mis ideas,
las ideas de todos los muertos,
en mí ascenderán como mareas.

¡Una garza de plata en un cuadrante!
Yo la dibujaría
triunfando de una serpiente.
Victoria sobre el Tiempo es la poesía!

¡Que sea el Arte el vencedor del Tiempo!,
el espíritu gritará al definirse,
entre agua y tierra y raíces y entrañas
de los seres en trance de extinguirse.

Pero en playa de tiempo o de olvido,
también he de caer, abandonado.
En playa de mar o de cumbres,
igual será. Todo estará justificado.

Pues soy mudanza, fuga, instante,
pero me afirmo en cosas, dioses, reflejos.
A través mío el tiempo echa su ancla en el espacio.
Y éste es sólo un manantial de espejos.

Este hombre que lee historia en la piedra,
este hombre que razona y explica,
este hombre pensativo en un jardín,
y que se extingue y que se multiplica,

ve en la liturgia del ave en reposo,
lo bello hipostasiarse en ser muriente,
y ve el tiempo ondular en pulsaciones,
igual que agua o serpiente.

Ve moldearse en rosadas arcillas
la música de las etéreas cavernas,
y levanta himnos, plegarias y llantos,
hasta ahogarse en las olas eternas.

Ve en el enigma del ave en reposo
darse, en lo natural, guarismo en puente.
Y en lo profundo, la fluidez durable
que huye y entra y sale por lo consciente.

La hoguera del vivir, decoro del mundo,
alza ante mí su flamígera ola.
Mas la serpiente en un círculo la oprime
al morderse la cola.

Cuando en la llama del canto
tu zozobra incinerarla quiere,
la serpiente se trueca en salamandra
que salta y que no muere.

En salamandra, espíritu
del fuego elemental.
que devora en la sangre y en los orbes,
ascuas de lo mortal.



¿Tragará esa fiera las sacras llamas
que la envuelven? ¿Jamás será vencida?
¿La salamandra del tiempo
devorará el fuego de la vida?

Ah, no! Un mito de arte, o bien, un ser puro,
podrá, grité, con el anillado torbellino!
En forma de cuerpo, conciencia, o enigma,
tendrá que darle batalla en el camino.

—¡Sólo un ente real de Belleza,
de Heroísmo o Amor,
triunfará del que triunfa y no perdona,
y sobre el monstruo ha de alzar su resplandor!

—¡Que sea el Ser el vencedor
del Tiempo!, grité.

—Como alegoría
una garza de plata transparente
yo aquí dibujaría.

¡Que el ave ahogue con la pata
el furor de la serpiente,
al final
de esta elegía

que Emilio Oribe escribe al tiempo que lo mata!

Y contestóme el eco:

—Emilio Oribe,
la serpiente es inmortal!
Inmortal!

..... Y siempre ha de morderse la cola,
porque en ese círculo inscribe
y extingue el animal,
poco a poco, la ola
del fuego universal!

Sea serpiente o salamandra, el tiempo
devorará el fuego de tu vida!
Y el cuadrante...

Y el orbe, con las llamas
del bien y el mal!
¡Esa fiera jamás será vencida!
¡El tiempo
es la serpiente
inmortal!

Estío. Medio día.

Infinitamente,
ciegos de fulgores,
la garza y yo, soñamos.

¿Y el Tiempo?

Nos sostiene el diamante
del trágico hipogeo que pisamos,
y oímos los rumores
de corderos en llamas o de avispas sonoras.
Túmulo, altar y hoguera es el cuadrante.
Colmenar y hecatombe de las horas.

¿Por qué en este jardín
los mitos vuelven
a la mente?

¿Por qué el tiempo es la serpiente
sin principio, ni fin?

¿Por qué la garza, espuma y transparencia,
esclava del instante,
es mi existencia?

¿Por qué el ser
y sus formas
veo en cielos lucir, y amar, y arder,
si la ley de lo creado
es el perecer?

¿Qué es, entonces, el tiempo del cuadrante?

¿Por qué en éste miro correr ceniza oscura?

¿Por qué una ley de muerte, al leer las horas,
leo en su arquitectura?

Los Altos Mitos

I

He aquí que en la noche
el Yo, diamante lúcido,
desdoblóse en dos sombras.
— A través de mi carne dialogaron.

— Miro el cielo nocturno
colmado de altos mitos
que fingen astros, llamas, movimientos.
Aquí, lejos de ellos,
nosotros existimos,
mas no allá las estrellas aunque brillen.

Esas que el ojo afirma que son ellas,
en realidad, son en el ser fantasmas.

— La ley del universo
a más de ser moral y física, es estética!
La perfección del mundo
en sí proclama trinidad eterna
y el triángulo unitario es la Belleza.
El acto y la materia perduran si son bellos;
de lo contrario, mueren!

El cielo, ardiendo en mundos,
es bello!

¡Es bello!

¡Lo más bello que alcanzan nuestros límites!
¡Por tanto, existe!

— Ay, Poeta!

¡Ese cielo es apariencia!

¡Cada astro es la palabra de una idea!

Tú lo has dicho:

la ley del Universo

es una ley estética.

¡Su orden matemático es del alma!

Del alma

las imágenes,

huyen al cielo, y viven

como formas y mitos, en los astros!

Las naves estelares

no son cuerpos!

Las esferas

no cantan!

Giran

en nuestra íntima conciencia
y tan sólo allí viven.

Y en las noches son llamas
que el espíritu lúcido objetiva
en la uránica sombra!

— El griego creyó en ellas
tanto como en sus dioses!

— Mas ¿dónde están sus dioses?

El astro,
 ente de luz, frente de espuma,
mito de la belleza,
 segregado es del alma!

II

— ¿No constato aquel ser en todo instante?
¿Su gloria de dorados arquetipos?
¿Su eficacia invariable?
 ¿Sus bien medidas órbitas?
¿No veo arder sus formas?
 ¿No escucho en mí sus himnos?

— Las naves estelares no son cuerpos!
 ¡Las esferas no cantan!

¿Y su eterna, periódica armonía?
 ¿Las diarias procesiones?
¿Y el bestiario obediente del zodiaco,
que se obstina en beber su agua nocturna,
y nunca falta?

— Todo eso es resultante
de armonías y leyes de la carne.
Y herencias son,
 de tiempos!
A través del telar de los sentidos
todo lo ordena nuestro sabio espíritu.
Y existe el hombre
 Y el universo en él!
 Sí. Y existes, tú!,
frente a cielos nocturnos en potencia.
Y al trasluz de tu idea existe el cosmos!

— Entonces,
cuando en la inmensa noche,
el cielo velos diáfanos
despliega, copia el ala de la psique!
— Verdad. Y el pensamiento
y su hijo azul el astro,
cumplen sin vacilar su ley profunda,
inaccesibles al dolor y al odio!

— De un polo al otro
sólo vense universos
fugados de los ojos.

La mente
impone normas en el caos,
crea donde no hay nada,
y al ser feliz, grabando estrellas puras
transvasa lo pasado en lo presente!

— Vive el cielo sus mitos!
Su existencia es memoria!
Cuánto asombro!

III

— Por eso
estrellas en las noches vemos,
desde que los efímeros soñaron,
pensaron y creyeron,
al hundirse en hondísimas tinieblas nocturnas,
ardientes las pupilas aun por luz sin límites!

Y es que, caída el alma
de la ordenada luz de las ideas,
en donde feudos de diamante tuvo,

levanta de sí lágrimas
de oro, y por las grietas de los ojos,
reminiscencias vive al crear los astros!
Desde el limo en que yace,
cuando mira lamenta la ínsula platónica,
como caída rosa inteligente
la luz del tallo altísimo.

Bajo una oculta ley,
tejiendo en su interior luz en capullos,
el ojo,

antorcha y máquina,
hace estrellas
en un juego infinito...

Miles
fueron grabando
en la conciencia las generaciones,
hasta ser,

con los tiempos
la mirada
un surtidor de espléndidas figuras,
que en sombras fingen luz,
substancias,
vuelos...

— La luz con que se visten
les va de nuestra mente;
mirarlas, significa
imponerles un orden.
Y, si fuga la estrella,
afirma el blanco pie en nuestra mirada!

Ah, mis ojos!
Son puertos
que ven partir de sí supuestas naves
de fuego vertical!

Y ellas, entre las sombras
y el gran mar del no ser,
siendo imágenes puras
mienten eternas lámparas!

— Mientras huyen los siglos
mueren los hombres;
mueren, pero antes dejan
lámparas de sí mismos en los cielos.

La ley del universo
no es moral, ni física; es una ley estética!
Su orden matemático es del alma.

Del alma, las imágenes
van al cielo, moldeándose
como cuerpos de dioses en los astros!

IV

No existen las estrellas!
Son altos mitos!
— No es ése un semilleo
que brota de las manos del demiurgo,
sino un fuego muy trágico,
que de nosotros huye
a helarse en los abismos!
Sin la frente del hombre,
vacía está la frente de la noche!

Tú sí,
en cambio, existes!

Y yo!
Nuestra es la gran desdicha de existir
y atribuir existencias!

Y el poeta
el astrólogo,
y el místico,
niños son transportados por imágenes,
que ellos después proyectan hacia el cielo
creando
coordenadas utopías
del universo estético.



— ¿Las estrellas,
imágenes? ¡El griego creyó en ellas
tanto como en sus dioses!

— Mas, ¿dónde están sus dioses?

El cielo, que habla en mitos,
se enriquece de formas con los tiempos,
y habrá más astros,
cuanto más hombres y experiencias haya!

Para su horror, la mente
creará islas innúmeras
al arrojar de sí, sobre las olas
del río de la vida, arenas de orbes!

Aquí, y en toda playa,
suben constelaciones
del abismo del ser, no del océano!

— Ay, Fray Luis de León!
Ya levanté los ojos!

Miré el cielo cantado
por ti! Y en sus silencios
mundos vi que eran mitos,
llamas,
tránsitos...

Las ideas del hombre en esos cálices
tornáronse visibles.

Y el enigma
de Dios, cuajado en luz, tomó sus formas
vivas, representables!

V

— Será imposible siempre
querer destruir el vínculo que existe,
entre universo e idea,
y entre el cielo y el hombre.
Ambos consagran la unidad del todo
e idea y forma emanan
de ti, creando símbolos,
y el astro es flor de fuego
con raíz de tinieblas en tu carne!

Los astrolabios,
cuando alturas registran
y ruedas ígneas miden,
no hacen más que copiar los pensamientos
del que observa.

Está, toda, en las almas,
la realidad anónima
del cosmos:

«*el desierto silencioso de Dios*»
que dijo Eckhart.

De allí ascienden los carros
de las estrellas!

Las fingidas fábricas
en la noche no son.

Derivan de las almas!
Están naciendo siempre
en ti o en mí, cuando soñamos juntos.

De ahí su gran misterio,
y su infinito encanto!
— De sus entrañas ígneas mana luz de mi espíritu.
— Ha siglos que las miras sin cansarte!
Y hoy sabes que mirándolas te miras!
¡Que el fuego
que te habita,
forma mundos!
Las verdades se valen de figuras divinas
para poder vivir.

Si aprisionas un astro y lo desnudas
de la forma librándolo,
entre tus dedos alzará su hoguera
nutriz, el arquetipo de lo Bello.
Y eso es todo!

— Mas yo observo hace siglos realidades
tangibles, y no símbolos!
Mi ojo afirma gárgolas de piedra
por donde la luz llueve!
¡Mi mano apresó auténticas rosas y no neblinas!

VI

— Si contemplas, de pronto,
hacia el zenith la imagen de la luna,
purísima en sus límites,
jamás narciso real y sí su ánima,
la luna semiahogándose entre halos,
náufraga en un gran lago de apariencia,
no afirmes nunca:
La luna, sí.
La luna fiel.

Ella sí es la verdad.
La blanca luna existe!
Porque, tampoco
ella es!
La pobre es un infiel fantasma opaco!
— La luna!...
— Sí, la luna.
La luna no es la luna.
Es el reflejo
de la tierra en el éter.

El elástico éter la refleja.
Más nítido es que el agua,
y en él la tierra mírase.

De esa contemplación nace la luna!
Y ella otorga a sus neófitos
como un don, el hostiario de su cuerpo
mil veces adorable,
mas sin materia alguna!

La luna es un reflejo y nada más.
— No podremos asirla!
— La luna no es la luna.

Es una imagen
de la tierra! Y el éter es su azogue!
— ¡Tan real, y es apenas una fábula!

— Aquí, y en todo monte
frente al mar, ella asciende
del abismo del ser, no de las aguas!

La ley del universo,
no es moral, ni física;
es una ley estética!
Su orden matemático es del alma.
Del alma, las imágenes
buscan el cielo, y viven
fabricándoles cuerpos a los astros!

— Si así es,
he de creer que mis júbilos y actos,
los gozos de mi mente,
se transforman en pájaros
que vuelan miles de años,
sosteniendo en sus alas,
nébulas de luz mía, mientras cantan!

VII

— La luz,
la psique,
el cosmos,
hilan eternamente de concierto.
Tejen en los sentidos
esas bellezas trágicas que admiras
e ignoras.

Nos imponen en círculos huidizos
de esferas y cristales,
enigmas tan terribles como bellos!
Refugios que no son,
imperios coloniales de los ojos,
falsas islas de sal que finge cuarzos,
y astronómicas máscaras,
menguantes de altas proas de ceniza
e iconos de inmanentes llamas sólidas.

En cambio aquí,
tú sí, existes!
Y yo!
Es nuestra la aventura de existir
y acaso el don inútil,
de atribuir a los otros la existencia!

Mas la frente nocturna está vacía,
sin la frente del hombre!

Y bien vacía!
Fuera de la inmortal reminiscencia
y el fuego

que te habita,
y forma mundos,
no existen astros!

Los números no cantan.
Ni las lunas.

VIII

— ¿Y entonces, esas manos
que sin cansancio crean,
y hacen con una sal lluviosa mundos,
y sistemas, y ángeles,
son manos del azar,
manos de niebla?

¿La ardiente arquitectura
del universo, el órgano infinito,
la cúpula abismal,
no ostenta otro equilibrio
que el de en olas de luz, naves de espuma?

¿Y esos despóticos diamantes,
enormes,

vivos, que mis ojos miran
arder con hachas de oro igual que ídolos,
sólo han de ser carbones de mis sienes?

¿Y en el cielo,

en el alma,
no serán más que briznas de memoria,
viejísimas metáforas,
que un espíritu lúcido objetiva
y sin saberlo,
siembra en la sombra uránica altos mitos?

¿Altos mitos,
esquemas
de ideas, para urdir categorías,
formas sensibles,
y estirpes que dimanan de la mente?

Si así mienten,
si su mentir constante es su verdad,
podría el hombre,
de la gran frente azul borrar estrellas!

IX

— Cantas. Crees en los astros!

— En vano arrojas anclas en los cauces
del tiempo, que resbala sobre tiempo,
como agua al correr sobre sí misma!

La ley del pensamiento
no es moral, ni física; es estética.

¡Y su rosal

agónico es el alma!

Del alma,

las imágenes, las rosas,
huyen del tallo al cielo,
y en la belleza moran
eternas, como cuerpos de los astros!

X

— Mejor que con palabras que son tierra,
loará a Dios el espíritu,
a través de la nada de esos mitos!

Con más dones que nunca,
renace en mí contemplación ingenua!

Como ha miles de años,
el bestiario obediente del zodiaco,
hoy desciende a beber su agua nocturna.

Confiado, a mí se acerca.
Sombras bebe en mis manos.

Con todo,
resplandecientes orbes
nos acompañan siempre!

Como esclavos del tiempo,
cargados de cadenas,
por turno traen incomprensibles lámparas!

No es poder del hombre
quedarse sin sus míticas escoltas,
de la gran frente azul borrando estrellas,

Reales o fingidos,
vivir nadie podría sin los astros.
El mortal,
desde niño,
sueña palpar su luminosa carne
Borrarlos? Será inútil.

Borrarlos será inútil.
Los hombres creen en ellos
más que antes en los dioses!

XI

— Ay! ¿Dónde están los dioses?

Donde hoy mueren los dioses,
han de estar, con el tiempo, las verdades
más firmes!

Pues desterrado el hombre
de su antiguo imperar en las Ideas,
en donde feudos de diamante tuvo,
ha de ser, cuando intenta asir estrellas,
ángel con cabellera de serpientes
que caen sobre sus ojos
y la verdad le ocultan.
¡Por eso se hunde en dédalos de humo!

Si así no se ven dioses,
ni más allá del caos,
o si ellos han muerto,
también igual destino,
frente a nosotros,
han de tener los que llamamos orbes!

Caerá
en la interminable
hecatombe deícida,
igual que leño ilustre,
la prole iluminada de la mente.

El cielo que habla en mundos,
el gran mito estelar, es obra nuestra.

La infatigable luz de olas innúmeras
que lo desborda,
llora a cada instante
su procedencia humana.

Como un can, guarda el astro a las ideas
fidelidad, y síguelas
igual que sombra al cuerpo!

— Ay, Fray Luis de León!
Yo levanté los ojos...
Miré un cielo inventado
por mí, y en sacros órdenes,
astros vi
que eran mitos, nubes, tránsitos!...

— Lo único
que el hombre
conoce de todo eso,
es saber de sí mismo.

Y es que a ese cielo,
con sus islas de luz que ondula en números,
lo encadena una ley común y eterna!

Ley
que en la mente nace
y no es moral, ni física!
Es una ley estética!

Abarca lo creado,
la oculta ley de Muerte y de Belleza,
que ascendiendo del Hombre,
en un juego inconsciente e infinito,
despliega las imágenes de todo cuanto existe!

XII

..... Y he aquí el nuevo día!
El alba!
Sobre el mundo
vino a afirmar su imperio.

La tiniebla, habló en púrpura y en luz, verdad
[sublime.

Y el Yo,

diamante más que nunca lúcido,
reunió en sí las dos sombras antagónicas.
A través de mi carne se esfumaron.

La Rosa del Sabio

Qué bien sé yo la fuente...

San Juan de la Cruz.

*¡Qué bien sé yo la rosa
que aroma y piensa,
aunque es la noche inmensa!*

¡Qué bien sé yo una pensante frente oscura,
carne del mito, número impasible!
Ella es la poesía pura.
Una rosa inteligible
entre la Música
y la Arquitectura.

Versos
míos. Hoy, la difícil ciencia.
Transparencia
hacia los universos.

— Amo que los alejen
de las cosas.
O los sigan,
o los dejen.
No amo que los digan
ni las doncellas, ni las diosas.

Al impuro momento
le ordeno crear y crea.
Se arraiga en la música el pensamiento.
El elemento
afirmase en la Idea.

De pronto, con desgano,
extiendo hacia el misterio la mano,
en actitud de asir brumas sobre problemas.
Es que más allá de las filosofías,
sistemas

 y geometrías,
en que ahogo lo mejor de mis días,
he visto una perfecta rosa valiente
que infinito aroma derrama;
flotando viene a mí, como una llama
sobre un torrente.

Poesía
mía,
silenciosa
y densa.
Así una rosa
que piensa.

Y que al pensar, clausura
intemporal arquitectura.

*¡Qué bien sé yo la rosa
que alumbra y piensa!*

La rosa inmensa.

No amo que la usen.

 Ni la toquen.

Amo que la bendigan
o la sigan.

 Amo que la evoquen.

No amo que la digan.

O bien, sólo acepto las voces gloriosas,
y las que me han querido.

 Cuando he oído

 que me recitan, por ejemplo, las diosas
y no las doncellas...

 ¿Las diosas?

— Sí, me he escuchado en ellas!...

Y en María del Socorro, en Bertha, en Estella me
[he oído.

Parecióme
en esos momentos,
muy aérea y distante la maravilla
que en mí se dió.
Después que ellas han callado
y se han ido,
en esta orilla
mi poesía y yo
solos nos hemos quedado.

— ¿El olvido?

Ah, no! El olvido no es posible.
No es posible cuando el alma en sí vea
una rosa que en ella se va formando,
una rosa no física,
sobre la caótica marea
de elementos!

¡No es posible
allí, donde la idea,
una intuición sensible

sea;
y sólo eso: una rosa!
Y la infinita belleza, la estructura
de un cósmico rosal inteligible.

La poesía pura,
en la última rama del tiempo,
rosa intacta, perdura.

*¡Qué bien sé yo la rosa
que aguarda y piensa,
en la noche durable!*

La rosa inmensa!

Si bien su torre en incertidumbre se agita,
el equilibrio muestra de una cumbre lejana.
La abeja del orden habita
la poderosa frente euclideana.

¡Versos
míos! Hoy, evasión.

Evasión de los hombres.
En transparencia de números y nombres,
dejan ver el gran misterio universal!

De pronto, el creador,
ya en el umbral
del jardín del Bien y el Mal,
escoge un resplandor
con suma ciencia.

Es la rosa!

En la alegoría inicial
de la sublime inteligencia,
alumbrándose con sangre de sí misma,
por un momento, clave del misterio, abisma.

Ella, una inmaterial linterna
enciende,
y desciende,
vertical,
con ese fugacísimo diamante
de la luz eterna,
tal baja por el cielo el instrumental
de una estrella
errante,
que ordena y guía
toda la sustancia musical
y bella
de la poesía.

Poesía
mía,
silenciosa
y densa.
Así una rosa
que piensa.

Su tallo en la incertidumbre se agita,
mas ella posee la ley de la cumbre lejana.
La abeja del orden visita
la poderosa rosa euclideana.

¡Qué bien sé yo una pensante
frente
oscura!
Tras ella, la poesía pura.
Una rosa solamente.
Nada más que un tiempo inteligente
entre la Música
y la Arquitectura.

*¡Qué bien sé yo la rosa
que canta y piensa!*
La rosa del sabio.
Su pétalo es una frente inmensa!

Avión de Sueños

«Los límites del alma, cualquiera sea el camino que recorras, no los podrás descubrir; tanto tiene ella de profunda razón».

Heráclito de Efeso.

..... posible es que en el fondo de nuestra alma no sepamos del Ser más que lo que sabemos del No Ser»...

Platón. *El Sofista*.

Fué mío un aeroplano
que no iba más allá
del alcance de la mano.

Al principio,
un gran mito soñé de intención mágica,
joya de los destierros
por la mente creada.
Máquina del espíritu y los hierros
para raids intuitivos hacia el Ser...

O hacia la Nada.
Herramienta de sueños equipada
para irse, y nunca más volver!

Volando hacia otras frentes,
en sueños lo entreví:
Era un guarismo espléndido de alas transparentes.
Con resortes de aceros y de brumas.
del alma vino a mí:
luz,
estremecimiento,
brío.

Un avión pitagórico de espumas,
un número volando en torno mío.

En el fondo,
un anhelo
infinito, mas frustrado, de cielo.

Cruz de ceniza,
flecha plomiza,
su vuelo empezó a ser continuo,
hasta embriagarme el vino victorioso
del motor, haz de llamas sin reposo.

Entonces él, al son de un suave viento,
mientras volaba siempre en torno mío,
músicas dió al azul de tanto en tanto.

Después, su movimiento,
cuando yo lo adiestraba noche y día,
llegó a ser melodía,
órfica cifra, y canto!

Desde que oí sus músicas,
me dominó un propósito gigante:
agregarle unas alas al mito,
vastas y estremecidas de diamante.

Extremada intención,
la mía! Y transcendente
ingeniería!
Construir, y no de sueños solamente,
ese nuevo arquetipo y atribuirlo a Platón;
el modelo diáfano,
la forma y la estructura
de un avión,
y darle por alcándara la esfera
de la idea pura.

O adiestrar, por lo menos, la máquina ligera,
más que a un halcón en el fulmineo vuelo
de otras cetrerías más insignes,
y que a estremecer fuera
el cristal metafísico del cielo.

Mas él, como un juguete sin audacia
quedó. Se hizo un campo de aviación
sobre mi corazón.

Y en ese ámbito
fué el divino jugar de una acrobacia
feliz, sin arriesgar...
Oh fugas!

Irse en círculos.

Volver

con línea, fineza y gracia!
O con gesto de cisne, en manantiales
del espacio dormir su ilustre nieve.

En lugar de ascender de frente en frente
a torres en el éter de cristales,
nunca dejó su atmósfera de lagos.
Cisne del corazón, no de la mente.

Ya lo dije:
se hizo un campo de aviación
sobre mi corazón.

No sé por qué rasgóse el mecanismo
de mi avión.

Yo lo vi descender!

Con canto vacilante
 fué al abismo.
Grité: ¡va a arder
 como estrella errante
o angélica espada
doblegada:
 en llamarada!

Trocóse en ascuas
y cenizas,
la perfección difícil de aquel ser
mágico de metal.
A lo largo del muslo de los dioses,
ví rodar y caer
la máquina poética y formal.

Cayó sobre su campo de aviación:
es decir, sobre mi corazón.

El mito que nació para subir
sobre el mar del espacio y el tiempo,
sobre el éter pensado y las almas,
hoy no es más que un latir
acompañado,
y un sufrir!

Su acción es en la carne torbellino profundo:
allí está el paraíso y el enigma del mundo,
y en su vaga ansiedad
duerme la eternidad.

¿Y todo aquel otro
infinito anhelo
 de cielo?

— Hoy es historia...

 Nada más que historia!
No tuvo más grandeza ni más suerte
que un trágico fin.
Lloré como un viejo rey ante la muerte,
sin gloria,
 de su mejor paladín.

La angustia
ha de ahogar
en mi labio el cantar,
siempre que yo recuerde aquel avión
caído, todo en llamas! sobre el campo
del corazón.

Que si un glorioso mito soñé de intención mágica,
joya de los destierros

por la mente creada,
máquina del espíritu y los hierros
para raids fulminantes hacia el Ser
o hacia la Nada,

herramienta de sueños equipada
para irse, y nunca más volver,
— Ah, nunca más volver del Tiempo y del Ser
[puro... —

tan sólo el dueño fuí de un aeroplano,
frágil,

pequeño,
oscuro,
que no iba más allá
del alcance de mi mano!

Este poema podría ser el de la imagen del conocimiento humano. Se narra en él cómo el hombre sueña con poseer una valiente herramienta de conocimientos intuitivos, poéticos y místicos, que lo

conducirían hasta las eternas fuentes del Ser. Pero hay que contentarse con lo que la razón logra aprehender, en sus límites y esfuerzos; lo que está alrededor del hombre. Coméntase el encierro de éste en la órbita que no se extiende más allá de la mano, máscara en el poema, de la mente y el concepto. El esfuerzo que se realiza, cuando más, logra crear un encantamiento fácil de sensaciones, imágenes e ideas, más lejanas estas últimas, pero aun así insuficientes cisnes del éter. Por fin, lo soñado por la mente, la inabarcable avidez de absolutos, va a caer sobre el corazón, es decir, se torna sentimiento, dolor y carne, y se concreta a vivir y sufrir nada más. Allí está sepulto el enigma del cosmos.

El poema es también un lamento por esa caída.

El Rosal y la Esfera

POEMA

I

Perfecciones del astro que, en el viento
del éter fragua enciende, aunque inasible.
Pulso de luz, sólo al brillar visible,
con fuentes más allá del pensamiento.

Sublime de ignorar, cabal contento
de sí mismo, ufanía en lo posible;
firme por no rozar tierra tangible
y en cristales lucir, pulcro y violento.

Caminante con ley y sin memoria,
por duplicar la humana trayectoria,
heme aquí, en el umbral de este palacio

de números y númenes eternos.
El astro soy de resplandores tiernos.
Ignorante poeta del espacio!



II

Bárbaros daban niebla a tus espejos.
Con ellos supe ir, pero, al tramonto
de las formas vi, lúcida, de pronto,
tu isla de coral, mundo en reflejos.

Hoy, devoto y augur, con mis cortejos
de nubes, por ti adversa hazaña afronto,
tal vez... Y a nado en luz, por tu Helesponto
cruzo, y a muerte voy, solo, allá lejos.

Allá, lejos de hoy. La arquitectura
del cisne, busco. Y límites, y escamas
de luna en ti, lago de cumbre y seda.

Utópico bridón de línea pura:
Soneto, vuelve a mí, con crin de llamas,
para que nadie asirse de ti pueda!

III

Un canto escucho, pero no es el canto
de tu voz. Y es un canto que entristece
como el tuyo... Mi rostro palidece,
y vuelvo a oír... Mas no: sólo oigo un llanto

de jardines, en donde amara tanto
buscar tu sombra que hoy se me aparece...
¿El eco de tu cántico estremece
los bosques? En las nieblas de otro manto

inmaterial, tu sombra avanza. El cielo
hacia un astro condúcela, y el duelo
nocturno extiende de una nube en ella.

Adiós! Tu sombra me da un beso, y pasa.
Yo también la amortajo con la gasa
de otra nube, ceniza de otra estrella!

IV

Nafragio de mujer en oquedades
con témpanos y sustos de palomas;
sobre escollos de luz, en bajas lomas
marinas, te arrojaron tempestades.

Por moradas de horror, antros de Hades,
donde Orfeo gustó las firmes pomas
de los hombros de Eurídice, entre aromas
de muerte, y odio cruel de las deidades!

Surcando, como Aquél, aguas desiertas,
ríos de fuego, abismos, lunas muertas,
donde aúllan las furias llanto en coro,

iré por ti! En la muerte, navegante
sin derrota, o piloto en avión de oro!
Y hacia el horror venablos de diamante!

V

Errantes van los astros como ideas,
las nubes se deforman en visiones,
realidades hilvanan y abstracciones
de humo, en el azul de las aldeas.

Tal héroes que huyen con sus teas
bajo lluvia, así fugan mis pasiones;
mi albedrío les da sólo prisiones
de estuarios, con espejos de mareas.

Yo me extingo en mi ser. Me transparento
en mi cáliz, me apago con mi aliento,
me aniquilo en mi luz. Por avenidas

sin fin, de mi conciencia huyen los datos.
Los que más ciertos son: los inmediatos.
No los percibo en mí; sí, en otras vidas!

VI

El tiempo fluye y pasa por la mente,
el agua cae y escribe en las colinas,
el fuego astral se apaga en hondas minas,
la tierra se trasmuta en el torrente.

La idea gasta el arco de la frente,
la sangre alza, al latir, torres divinas,
el viento ruge y vuelca las encinas,
socava el río vértebras del puente.

La luz busca otra forma en donde herirse,
la sed se afana en dicha de extinguirse.
Ah, todo es cambio: en nieves o en abismos!

La muerte sólo es forma duradera.
Ella mira aquel fluir desde otra esfera:
viéndolo todo está en nosotros mismos!

VII

Lámpara subterránea que me guías,
flecha y luz de mi carne que me amparas,
con tus profundas refulgencias raras,
al alumbrar mis noches y mis días.

Lámpara de diamante que extasías
mi coloquio interior, y que separas
mi vida de otras sombras, con las claras
lanzas de tus agudas pedrerías.

Lámpara inagotable que conduces
mis pasos, y es por círculo de luces.
Lámpara del abismo que acompañas

mi ambición hacia el vértigo ascendente.
Sí. Quédate escondida eternamente.
lámpara de Aladino, en mis entrañas!

VIII

Músicas, describiendo remolinos,
como flotantes diosas del misterio
libertadas, hoy huyen de mi imperio
y alzan, en otro sur, vuelos divinos.

Mi pensar envejece de caminos,
diamantes finge el diáfano criterio.
Las parcas hilan en su cautiverio,
para humillar la sien, nevados linos.

Duermen en mi pensar todas las sumas.
Se desvanecen mitos como espumas.
Mas va a encender mi lengua la alabanza

de este olvido en que caen seres y cosas.
Levantaré sobre él eternas rosas
que la muerte magnífica me alcanza!

IX

parecía de los ángeles muy subidos...
Santa Teresa de Jesús.

Los más subidos ángeles ignoran
que mi alma los busca en otros cielos.
Ella asciende a rasgar todos los velos,
sus aves los mil círculos exploran.

Duendes cinéreos en mis noches oran
y en las dudas espéjanse mis vuelos;
las cimas de los últimos desvelos,
más allá de los tiempos, me avizoran.

En tanto, al huir de un cuerpo de tinieblas,
cuando asoma a la luz, ve sólo nieblas
el alma, y por los mundos se extravía.

Los más subidos ángeles encienden
luces al alma, y por guiarla extienden
brazos; ¡mas no está en mí el alma mía!

X

Oye mi plegaria en la voz y el llanto!
Llama en el altar, y humo, y sufrimiento,
mísera de luz, mi antorcha es lamento.
Lágrima y ceniza en un haz levanto!

Mi vida es ritual sobre el cosmos santo!
Y el rezo es mies del mundial elemento.
Yo vi en la noche al arcángel sediento,
y con fervor le hice casa en mi canto!

Tiemble el infiel, y el deicida que huya,
glorias degollé en la piedra tuya;
sus testas colgué en mis árboles rojos!

En tu inmensidad hice mi experiencia,
y he de intentar, sin la fe ni la ciencia,
dibujar a Dios, yo que voy sin ojos!

XI

El poeta oye en sí cómo desliza
la sangre sus rumores de colmena.
Cómo, en el mar del ser, isla de arena
el pulso de los astros paraliza.

Y cómo el viento en él un trigo riza
y caen los granos en morada ajena;
y ve que en la nocturna hora serena,
sus ascuas sayal visten de ceniza.

Mas alza un cántico el poeta. Y mide
muy bien la estrofa, y a Dionisos pide
más que el delirio, últimas visiones.

Se irá hacia abstractas cumbres vagabundo.
Sus feudos, nubes son. Ah, sus legiones!
Más firmes cuanto más lejos del mundo!

XII

Canto a la simetría, que alza un puente
sobre turbios abismos. Mis pensares
usan motor de pluma, o igual que mares
publican en cristal vivir potente.

Canto a la simetría, que en la frente
ordena el caos. Sus números alfares,
insectos de talleres colmenares,
me dan su gaya miel para la mente.

Oh simetría! Impone tus escalas
y normas. Tus guarismos tienen alas
de hierro, mas ajústanme a tu esfera.

Ya enseñas a mi ser tu ley no escrita,
y al reinar en el alma que medita
nunca esculpes en nieve; sí, en hoguera!

XIII

Cuando en nocturna paz mi desvarío
va a admirar la alta esfera que se enciende,
contemplo en mí un rosal que se desprende
por mis ojos, con rosas y rocío.

Y aquel otro rosal de un solo estío
que nace en los jardines, y se extiende
en tan pequeños ámbitos, pretende
ser en rosas rival del rosal mío.

Que el rosal de la tierra alumbra en vano
y el de mis ojos siempre está lozano.
Si aquél se mustia, el mío en cielos viste

con su luz, astros fijos y viajantes,
y al Tiempo va a entregar tallos fragantes.
Sin perder rosas nunca, eterno existe!

XIV

Busca siempre unidad, oh peregrino!
Como las olas cantan en un puerto,
muchos rosales se unen en concierto,
miles de rosas tejen un camino.

Lo múltiple en lo uno es lo divino,
según la ley del cosmos. Con lo incierto,
caótico, o durable, en lo desierto,
nacen rosas del ser, dice el destino!

La perfección del todo es simetría.
Un pensar en silencio, una armonía
que asciende hacia su fin, de tal manera

que se hace inmóvil... ¡Mire el pensamiento
cómo el orbe realiza el movimiento
de un rosal que se inscribe en una esfera!

Inteligencia de la tiniebla

Mira: aquello es el hombre. Deja vagar su sombra sobre las apariencias que clasifica y nombra.

Está escrito que el hombre se realice en el Todo, y encuentre en las entrañas del ser, sustancia y [modo.

Está escrito que el fuego construya sus palacios en un reino de esencias, fuera de los espacios.

Está escrito que el viento construya un ancho río en el umbral del tiempo, más allá del vacío.

Está escrito que el agua ascienda hasta sus fuentes y devuelva a los mundos verticales torrentes.

Está escrito: la tierra petrificó en su entraña, noche a noche, argumentos de abismo y de montaña.

Pero, entre tanto, el hombre deja caer su sombra sobre esas permanencias que clasifica y nombra.

Al darles nombre y número les da existencia exacta, y no es la fresca rosa, sino la rosa abstracta,

la que es más que fuego, y viento, y agua, y tierra, cuando el hombre en altísimos pensamientos la [encierra.

Para existir, la rosa se emancipa del Todo, y halla en la inteligencia humana esencia y modo.

Gran enigma es el hombre. ¡Huye como una sombra, y alza esta rosa eterna que él sólo crea y nombra!

Poder de los tiempos

Los hombres
son galeotes
de las causas.

..... Y parece
que la eternidad no es sólo futura,
como cree urdirlo nuestro pensamiento
en la infancia.

Que no hay un mundo venidero
y nada más,
aquel que ha de seguir a nuestra muerte.

Estas cosas,
estas frentes,
proviene de otras causas
e ideas.

¿Lo sabías?
Siempre hubo sombras,
moldes,
prólogos,
arquetipos...

Y las Ideas,
orígenes del todo,
no son más que las tinieblas,
antes de la creación.

Arcos potentes,
se sirven de ti como de un arma,
y desde el ayer te arrojan.
Los hombres
son venablos.

La divinidad
ha empezado a desplegar
desde los innumerables días,
y se reviste de cuerpos humanos,
como un pez de escamas
y un árbol de hojas.

Los hombres
son venablos
de los tiempos.

Milagro de existir

Caen los elementos de la belleza sobrenatural
en los sentidos;
caen esos licores espléndidos
del banquete de la vida.

Todos somos invitados felices:
la locura de los vinos,
y la exactitud de los frutos,
y las risas del universo,
celebran su unidad en cualquier átomo,
lo mismo que en nuestras miradas.

La luz se complace en matices
de mil esfumadas formas,
y las danzas de las jóvenes
recién venidas,
de todas partes,
por la prestancia de lo irracional,
revelan que las músicas creadas
por la imaginación,
no cesan
de proporcionarnos en lo íntimo del yo,
sus fingidos
elementos eternos!

La vida
se revela
como un desajuste
del sueño.

Y nuestro cráneo actúa siempre,
y es un viejo e inmenso caracol marino.

Reclinado
en este rincón del universo,
roza la orilla y el abismo de lo natural,
que es su océano.

El océano que le trasmite,
entre habitual conjunto de visiones,
los más trágicos coros de la especie.

Nuestro afán ilusorio,
se complace en creer reales tan claros desatinos,
y la voz de una voluntad eterna
sube, fingiendo una ola, y también deja
en las arenas de nuestra razón,
esa pequeña flor
que luego cae hecha sonrisa,
y viene a deshojarse en el vino
de los momentos...

... Ese pequeño milagro,
que se obstina en imitar a las hierbas
que se revelan
en las grietas de los ardientes páramos,
y que, al asomarse
en nuestro mirar y sonreír,
Existencia llamamos...

No interrumpido andar

Otoño. Pasan palomas,
muy orgullosas de sus vuelos
por los sostenidos aires.

Detrás de cada rosa
hay un monedero falso.
Esas imágenes presumen de realidades
Esas ausencias se ufanan de presencias.

Las rosas
corren en un solo sentido,
y las aguas no vuelven a mirarlas jamás
en los mismos espejos
del éter.

Otoño. No importa. Otras rosas vendrán.
El espíritu del orden físico
eternamente,
se abre y se despliega:
así hace con la cola el pavo real.



El universo
no hace más que explicarse,
como un tartamudo.

¿A quién?
¿Y para qué?

Yo canto.

Y afirmo.

Y observo el caer de las hojas.

El universo se canta a sí mismo
la poesía del eterno presente.

Otoño. Pasan las palomas
en el crepúsculo.

La noche es.

Los guarismos se encienden,
aquí y allá.

¿Sois felices seres matemáticos?
¿Sois camellos de oro en el desierto infinito?
¿Sois las únicas palomas
que vuelan bien
en el vacío?

A unas jóvenes frentes

Cae el año en luz
sobre las limpias frentes jóvenes
que transcurren delante de mí,
y se van...

Una vez más
las veo pasar; así, desde la torre,
se ven las aves.

Imprecisas formas,
donde la risa es el constante milagro,
miro estremecido su fuga,
y noto cuanto ellas van construyéndome,
sin saberlo.

Desde ha diez años,
siempre en lo alto,
miro pasar las nubes.

Hay algo mío que se va con ellas,
la soledad me dejan,
desde ha diez años.
El irse no es más que una llama que se llevan,
mientras olvidan una estatua en sombras.

El fluir de la inteligencia infinita,
cuyo plan les expuse día a día,
y cuya música es apenas una pausa
entre el canto y el llanto,
entre el ser y el perecer,
exige en las jóvenes que se alejan
el olvido de esta mente fatigada
que ya atisba,

 a lo lejos,

 entre los días,
las formas que fueron, son y serán,
las que resplandecen y se marchitarán,
las nuevas,

 como éstas, que han de venir,
y que también han de irse,
no sin antes vestirme con su encanto innumerable,
mientras las domina un igual movimiento
al de las hojas,

 de primavera a otoño,

 e invierno,

en un árbol terrible y solitario!...

(Final de un curso de Filosofía. 1937).

Ola de formas

He aquí lo que se percibe.

 Una ola de formas
que hacia la identidad
huyen.

 Esto es un mar

Ola y ola se integran en lo idéntico.

 Mi presencia

va distinguiendo las disonancias.
Y el yo se equipara a un sol que se extingue,
cubriéndose con una ceniza
que es su orgullo
y su destrucción.

 Heme frente al fuego.

Me iluminan las llamas de una hoguera
que ha dejado de ser doméstica,
para ser la fuente
de un ser
meditativo.

Una ola de formas,
el mar,
el fuego,
las sombras...
Una sucesión de impresiones ligeras
y divinas.
Una serie de meditaciones encadenadas.
Piénsese en los números y sus juegos.

Un yo,
entre tanto, se muestra y se esconde,
y así asoma la cabeza de un nadador
en el mar.

A su lado,
todo cambia.
Todo se halla desprovisto de sentido.

Cisterna del tiempo

Era, en la luz,
un tiempo de rosales.

Era y no era una imagen en las aguas.

Era un tiempo sin retornos.
Era el joven que pisó la rosa
y cayó en el pozo del tiempo dormido.

Era el cielo que lo atraía allá abajo.
Era una cabellera sobre el agua.
Eran dos ojos que producían ondulaciones.
Era un silencio infinito en un metal de cisterna.
Era un olvido que descartaba estrellas.

Era, en el agua,
un tiempo nada más que de ecos.

Era un guerrero que pisó la rosa
y cayó en el pozo del tiempo dormido.

¿Era yo
o mi interlocutor invisible,
el que acababa de ahogarse
levantando, como un signo,
 las resonancias
de este universo abstracto,
entre los dedos?

No sé. Igual misterio existe,
en que este pozo se pueble de ahogados,
en que aquel campo se cubra de mariposas,
aquella lengua de palabras,
este ojo de formas sensibles,
esta gruta de ecos,
y este universo de instantes se vista.

Era, en la luz,
un tiempo de rosales.

Llamado incesante

Desde la tierra,
heraldos llaman.

¿Por qué eludir los manantiales del Ser?
¿Por qué beberse ahora las apariencias?

Mientras tú dialogas
y envejeces,
las granadas vuelven a madurar
todos los años.

Se endurecen
y secan luego,
y amarillean como la rodilla del penitente.

En su cáscara escribe el tiempo.
En sus granos de sangre,
la humanidad se reconoce
prisionera en una esfera que la oprime.

Más allá
del círculo y la muralla,
andan flecheros.
Persiguen ángeles y palomas.

Desde la tierra,
los infatigables
heraldos llaman.

Es que es el Otoño.
Las granadas
y las hojas
y las cigarras,
emprenden el retorno hacia los surcos.

Hay allí heraldos
que convocan siempre,
desde las almenas y estanques
de un castillo,
cuyas murallas concéntricas,
se repliegan y hunden.

Oh Tierra infinita!
Oh Tierra prometida!

¿Hacia allí me deslizaré,
como los frutos del granado,
por una grieta
abierta
en la sien?

No sé nada.
Desde la tierra
heraldos llaman.

Cae la fruta en el surco.
Cae en la carne el alma.
Cae la carne en la tierra y en el tiempo.

El rey de la otra cumbre

Entre mi yo
y mi cuerpo,
un abismo.

Un abismo, con un lago en el fondo.
Llegar hasta sus bordes,
mirarlo,
ya es sufrir
un sentimiento
de corrupción original.

Y me veo ir
hacia fuera de mí.

Un imán invencible
me atrae, y al hender el abismo,
noto en su fondo una niebla flotante
que el verme en el lago
me impide.

Un contacto con algo que resiste,
un sonido,
un gusto a sal genésica,
un relámpago,
un aroma,

siempre una sensación que no se agota,
al caer mi yo
en la pendiente de arena,
que hay del otro lado.

Porque apenas existente
el abismo,
vuelve a llenarse de imágenes,
y la transparencia del agua permite,
a veces,
vislumbrar en el fondo
el Universo.

El Universo,
que se estructura, poderosísimo!

Los cinco sentidos, desde allí,
levantan esos mundos exteriores,
y los disponen junto a la vertiente de la montaña
corpórea,

desde la cual,
suelo percibir a lo lejos,
más allá del abismo y el lago,
no la nieve eterna, ni la barba de los dioses,
sino el yo,

el auténtico yo,
farsante y perfecto!

El ara insatisfecha

Los genios de la luz,
que las mortajas hilan de mis pensamientos,
no cesan de anunciarme años
de plenitud
sin cesar.

Yo he puesto mi espada
en las rodillas del destino,
y aguardo que se desvanezca el humo
de las inútiles hecatombes.

Ardió el cordero,
ardieron las agrias resinas,
ardieron el vino y el toro,
y el trival de color lebrele leonado.

La estrella descendió a la tiniebla,
pero nada, ni nadie,
se detuvo
a contemplar
tan divinos acontecimientos.

Sólo un mortal,
paso a paso,
se fué acercando a las hecatombes,
y en su corazón hallaron resonancia
el grito de los mártires,
el clamor de las cumbres,
el llorar de las gárgolas.

Y si no hubiera sido por ese corazón,
que recogió en sí todo el hálito
del universo, en sus grandes grutas,
no hubiera quedado huella
de ningún suceso.

Ni de aquellos que en el paraíso se iniciaron,
ni del hecho
de que en lo alto de una cruz
un Dios fué ultimado
por redimir a los irredimibles.

El anonimato del Ser
pasa todos los días
rozando mi mente y mi corazón,
y es como aquel mendigo
que no se ve sino cuando golpea en las casas,

y dice: — Aquí estoy!
— Agradeced a Dios el haberme visto!

Los genios de la luz
que las mortajas hilan de mis pensamientos,
no cesan de anunciarme años
de plenitud
sin cesar...

 Pero la existencia
sólo atañe
a los que la incuban o la depositan
en la conciencia;
 así en el ara de los dioses
 perfumada víctima!

Ultimo paraíso

Todos los seres
se nutren de claridad,
aun en el peor camino de los destierros.

Todos han de vestir
la túnica de lino.

Mira hacia atrás el hombre.
 Y verá: tiempo y tiempo.
Una espada flamígera lo expulsa.
La primera mujer lo sigue
con la cabeza inclinada.
Ella ve como de sus pechos manan las tinieblas,
con que se alimentará
 la humanidad futura.

No hay que llorar,
entre tanto.

Vendrán profetas.
Vendrán profetas de larguísimas barbas de luz,
y vírgenes de cabelleras de fuego,
y niños resplandecientes con ascuas en las manos,

y frutos mejores que los del pecado,
colgarán del árbol del cielo
todas las noches,
coronando el cuerpo del Dios que brilla en la cruz.

El hombre, después,
con su carga de tinieblas,
resplandecerá
luminoso,
por siglos y siglos.

La inteligencia,
el espíritu,
el perdón,
desde una cumbre de luz inmortal,
reivindicarán para sí,
la gloria de ir tejiendo de nuevo,
poco a poco,
la infinita luz del primer paraíso,
hasta reconstruirla,
en su totalidad
y en su diafanidad. Amén.

La flor muerta en mi mano

(Pasajero — Alhambra — 1920)

Patio de los arrayanes...
Oh, mira el agua verde!
El agua verde, con el cielo azul adentro,
granito prisionero
y cóncavo,
con láminas
y brocales de nubes y cobaltos.

— Mira: los arrayanes florecidos!
Una flor me alcanzaste,
y yo apreté en tu mano
la flor del arrayán, redonda y blanca.

Aquel,
era el gran patio
de los estanques y las ceremonias
sacras.

Fijé mi rostro pálido
y moreno, en las aguas y el espejo
líquido

devolvióme una estampa melancólica
de moro, en los destierros.

Ardía el sol
y nos daba la brisa
lejano aliento de nevadas sierras.
Todo el patio
armóse en fuegos y en aromas cálidos,
y a los bordes del agua,
lentos y perezosos, alargábanse
como si fueran dos mágicos gusanos verdes.
en una historia de encantamientos,
dos bosquecillos de arrayán en flor.

De pie, junto a las aguas
extendí, deshojándola en los dedos,
la flor del arrayán hacia adelante.
La flor del arrayán, pequeña y blanca!

Vimos, de pronto,
bajar por los cipreses de la Alhambra,
grisácea mariposa remos de oro,
que dejó, donde quiera que tocaba,
su mancha de cenizas!

Llegóse hasta mi puño
para buscar tu miel,
oh flor del arrayán, redonda y blanca!

¿Retorno, entre los siglos,
de algún deseo muerto?
Califatos idos,
imperios que son nada,
siglos de extintas púrpuras, destierros...

Vívida flecha, en llamas de oro,
cuya forma tornándose en cenizas
era, ¡así lo creí yo, al menos!
póstuma encarnación del alma mora!
Si en retardado goce de estos sitios,
prófuga de altas cárceles retornas,
en vano regresaste
a tus dominios!

Tu raza, en el destierro...
La flor muere en mi mano.
¡La flor del arrayán,
que no da miel
ni aromas, para ti,
desde hace
cinco
siglos!...

Mitología del mar

El mar vuelve de la guerra.
El mar brilla cargado de algas y antorchas,
de luz mojada y verde,
y regresa de noche con un clarín gigante
conduciendo su retahila de prisioneros.

El mar vuelve del destierro.
Sus piernas de hierro se afirman en la espuma,
su frente de bronce se apoya en las nubes,
su coraza de nieblas está erizada de púas,
y él vuelve conduciendo
dioses encadenados.

El mar vuelve de la noche.
Dos cisnes dormidos son los polos:
uno en cada hombro del mar.
Y él se pasea con ellos como un saltimbanqui.

El mar vuelve de los hielos.
Abandona los patines
y marcha hecho un demiurgo en un avión de olas.
Toca en todos los puertos al mismo instante.

El mar vuelve de las bodas.
Su boca tritura racimos de uvas moradas.
y su risa de borracho
tiene una música para atraer
la admiración
de los cometas.

El mar vuelve de su casa.
Su cinturón se abre y caen olas y arenas,
erizándole los vellos del vientre,
por donde saltan peces.

O en el agua que hay
en el ombligo del mar,
nadan siempre las nubes como cisnes.

El mar vuelve del olvido.
Sus barbas azules se extienden y se rizan,
y se las meza con las uñas
en donde brillan los infinitos anillos
de las novias
que en él se suicidaron.

El mar vuelve de la vida.
Su rodilla
en la noche entra como una proa,
y en los siglos futuros se hunden sus risas,
y sus huesos blanquearán en islas
de plata,
 con vegetales
 y ciudades encima.

El mar no vuelve de la muerte.
Recién cuando el mar muera,
se conocerá quién era.

Recién se le caerá la máscara
de zafiro y acero.

 Pero no seremos nosotros
quienes gozarán de eso.
Desde las estrellas, sí.

 ¡Verán sus carnes transparentes,
su corazón y sus venas de aguas saladas,
y su boca abierta,
 chorreando la baba de los ríos,
y sus bigotazos canosos,
 con témpanos y continentes!

La ley del poeta

Yo sé de alguien
que es el obstáculo
de su obra.

El joven
que encendió fuego en las tinieblas,
vió elevarse las llamas,
y eran estrellas y a la vez serpientes

— Venid, gozad, oh amigos!,
gritó, acurrucándose
contra el pequeño círculo.

Rudos hombres gritáronle:
— Aléjate del fuego;
ya es justo que gocemos
de él!

— Tu presencia es odiosa.
Nos oculta el calor y la belleza
de la llama, dijéronle doncellas.

— Véte de aquí.
No disfrutes
de lo que no mereces,
protestaron los fuertes.

— Nos robas el calor
que precisan los cuerpos!
los ancianos gritáronle.

Yo sé de alguien
que es el obstáculo
de su obra.

Y es que muerte o ausencia,
son la ley del poeta.

Enigma de lo creado

El tejido de los hechos
no revela
su secreto, jamás.

Nadie es capaz de descorrer los velos.
Un enigma sucede a otro enigma,
una ola a otra ola en el tiempo,
un espejo a otro espejo.

Cuando uno cree aclaradas las cosas,
lenta sombra vuelve a posarse
en lo visto.

Y así, la mano
mueve y mueve una arena que no cesa.

Conocemos el gusto del vino,
la gloria del canto,
el relámpago del goce inmediato
y el cortejo de las imágenes,
las cuales por nuestra memoria
suben,

y son doncellas esclavas
que van a colgar lámparas piadosamente
en las paredes
de un templo de sombras.

Pero el tejido de los hechos
no revela su secreto jamás,
y aunque el niño y el viejo
se enorgullecen de conocer y poseer
por su nombre y perfume
la flor y el fruto y la tumba que tocan,
para el sabio

 y el poeta,
esos dones familiares
jamás dejarán de ser fatigantes enigmas!

Eternas figuras

Canta en el aire
la geometría de la luz.
La esfera, el cubo, la pirámide.
El tejido secreto
de la posible materia.

El mar, de azul intenso,
por detrás de los pinos
verticales,
desarrolla el plano absoluto
de una conciencia
dormida.

Arde en la primavera,
un desfile de jóvenes atletas que veo avanzar,
por una pista de deportes.
Son los ritmos,
 las raíces,
 las luces,
y el juego existencial de los músculos.

En los árboles
nacientes cristales verdes nacen,
y las hojillas se libertan de su noche,
asomándose

por encima
de la línea oscura
que amuralla el reino de los troncos.

Llamas de luz verde,
sobre una corriente ascensional
de tinieblas.

Los sueños,
los dispersos o coordinados sueños de mi carne,
se aglomeran también,
más allá de los umbrales,
en racimos de imprevisibles imágenes,
y tal las hojillas de estos árboles,
y esos atletas de la especie,
y los insectos del campo,
y las estrellas de la noche que avanza,
se desnudan en su más tierna belleza,
y se apresuran a agolparse
alrededor
del árbol

de la inteligencia mía.

Pero, por encima de él,
canta en la memoria mía,
la geometría de la luz.

Las perfectas
permanencias: la esfera,
el cubo, la pirámide.
El tejido ahora, secreto y posible,
del espíritu.



Riqueza de sombras

El universo de infinitas formas
se desarrolla sin cesar,
y procrea.

Procrea en él, y en cada ojo,
algo que se vuelve en contra del espíritu,
y se fuga siempre.

Zeus pudo abatir a los titanes
y hundirlos en el terrible fuego,
pero no podría tener jamás igual dominio,
sobre las vulgares piedras.

Porque cada cosa
es la máscara de otra.

Esa, y aquella,
la más celeste y la más simple,
están en el mundo
para oprobio nuestro,
y siempre se resistirán a dejarse atrapar,
máscaras irreductibles.

Y es en vano
recurrir al subterfugio
de acercarse a ellas con pie desnudo
y extraerles, como a las flores,
miel de categorías o conceptos,
y correr a llenar ocultas células
de nuestra muerte.

Dormirías millonario.
Despertarías mendigo.

De la noche al alba,
te hallarás sin ellas,
y, así, siempre poseerás nada más
que sus recuerdos.
Sus sombras son.

Neutral abismo

La uniformidad
me aleja de las noches.
Lo idéntico es mi sombra.

Existo.
Yo soy todo cambio,
multiplicidad,
colores, ríos.

Pero la identidad me sigue.
En mi sombra se borran
las lágrimas,
los cantos,
las variaciones,
con que el sol me enriquece sin cesar.

Pero vendrá la hora
de ver el menoscabo de las rosas,
la servidumbre de la luz,
y en el alma,
el envilecimiento de la imagen,
y el deseo.

La sombra
de un neutral abismo,
devora sin perdón.

El no-ser y las furias
se disputan las túnicas del ser.

Todo conocimiento
marcha a la identidad.

El corazón
envejece y se envilece,
disolviéndose en un agua de sombra.

Vanidad de lo variable

El sol
pronto perecerá ahogado por las sombras,
en una fuente de resplandores.

Es el toro
que ahora ultimarán las esclavas,
hundiéndolo
en las aguas.

Naturalmente
se desvanece su concreta piel de oro,
mientras la sangre no cesa de correr
por los últimos ríos
de la tierra.

Yo me abismo en una sombra
que se acrecienta,
mientras un invisible puño
estrecha cosa con cosa,
alma con piedra,
nieve con fuego,
toro con muerte.

Feroz la testa entre olas de arabescos,
el toro sustantivo rumia brasas
antes de morir.

Pero pronto la tiniebla en sus lomos
es presencia,
y amenaza
ser sustancia.

Esta hermandad de sombras que se restablece,
este vínculo que se vuelve a afirmar,
quiere que en el reino de la identidad
se sumerjan las cosas
y los seres.

Un destino,
más allá del capricho
y la gloria de las criaturas,
ensaya en cada anochecer.
la operación grandiosa,
que algún día habrá de realizarse
en nuestra muerte.

Reducir toda la espléndida variedad
de la bestialidad,
en lo absolutamente idéntico y vacío.

El mar en el astro

El mar, como un lebrel,
corre una abstracta forma que no es él.

El mar
busca una forma inaccesible,
sin cesar.

Su impaciencia
es la fuga invisible
hacia la astral inteligencia.

Abrillanta
sus estelas y estolas,
y es su boca si canta,
conflictual serpentario de las olas.

El mar no está en sí ni está en su orilla,
sino que en el candor de un astro brilla.

El mar está en la estrella que se vierte
en cristales.
Huye de sí para acuñar su muerte
en los broncez astrales.

Un signo de blancura,
una ecuación de esferas y armonías,
cierra su arquitectura
de olas bravías.

La transición, el cambio, lo fluyente,
la gran movilidad,
no serán más que idea allá en la frente
de la inmensidad.

Serán idea
de otro mar y otro mundo no iniciado,
que anuncia, en otra aurora, su marea
de ancho lomo rosado.

El mar no está en sí ni está en su orilla
como el peán no está en el que lo canta.
El mar no está en sí.

Más bien se enciende y brilla,
en todo astro sutil que se levanta.

O está en la idea que alza de sí mismo
hacia otro azul, y en brasa se transforma.
En el abismo
vive el cristal de la más pura forma.

Vive en lo que ha de ser y aun no ha sido,
igual que el pensamiento en lo pensado,
y el alma cuando siente en lo sentido,
y el ojo cuando mira en lo mirado.

Viviendo, no en él!, sino en su espejo,
el mar maravilloso,
hecho idea o reflejo,
es estilo y reposo.

El mar está en la estrella que se vierte
abriéndose en granada de cristales.
Huye de sí hasta leer su muerte
en los altos misales.

La Serpiente y el Tiempo

MISTERIO

En un principio Adán pudo percibir el tiempo y la eternidad en el mismo plan inteligible del universo recién creado; después del episodio de la serpiente, sólo recibirá la imagen del acontecer momentáneo. Entre las apariencias sufre, canta, se desorienta, razona y desea morir. Sobre tan sencillas invenciones se desarrollan las etapas figuradas de este entretenimiento lírico o juego intranscendente, a modo de procesos, experiencias personales y variaciones, alrededor del mero conocimiento sensible y de la interpretación mágica del universo.

I

Lo que en sueños yo vi fué un astro o un ave.
Paloma, pudo ser, que en los senderos
del edén, daba envidia a unos corderos,
y en mi hombro anidó su plumón suave.

Me arrodillé y cogí una enorme llave
que vi caer entre dorados ceros;
y trepó una serpiente los aceros
de mi torso, alcanzándome una clave

en la boca. Y vi pájaro y serpiente
y clave: a iluminarme iban la mente.
Fuí Adán, por fin: busqué de Eva el aroma.

Quise explicarme el mundo recién hecho.
En miles de años calentóme el pecho
la serpiente con plumas de paloma.

II

Miré aquel árbol con espanto. Espejos
le abrí en mí, coronándolos de frutos.
Fuí el Adán que en mudanza de absolutos
arroja al éter cifras en cortejos.

Mas el tiempo enseñóme allá a lo lejos,
saltantes sobre abismos, cuatro brutos.
Los del Apocalipsis! Los hirsutos
jinetes eran cuatro horribles viejos.

Creció, cubriendo el cosmos, la manzana.
Una razón mendiga de ella emana
desde entonces; su gesto engendra hastío.

El ángel que fué en mí se hizo nevera.
Y me gritó en las sombras la pantera
del Ser: — Si me descubres, eres mío!



III

La manzana es el cosmos, plasma lleno de gérmenes. Los árboles, con frutas nos agobian. Me aturden en las grutas, anchas fauces acústicas del trueno.

La manzana es el cosmos y el veneno del cosmos. Entre espadas absolutas, ángel y bestia, arrastro por las rutas un ala enorme que es de bronce y cieno.

Miro en lo elemental machos cabríos: sus pies han de danzar como los míos. De los astros perdí ya toda huella.

Noche total: los puentes me han dejado. ¿Por qué has de permitir cielo enojado, que sombra y no fulgor mane la estrella?

IV

La serpiente espejó ironía suma, pues entre el orden sacro de sus males, dijo: — Mira, dan luz los maquinales. Los pájaros son lámparas de pluma.

El neblí ha de ostentar fuego entre bruma, los cuervos son litúrgicos fanales, ruiseñores son brasas y cristales, y arde el cisne en su fábrica de espuma.

Mi soberbia mental te da esas luces. Mira: es noche otra vez. Si caes de bruces levántate, que apuran tu desvelo

luciérnagas, con lámparas de asombro. Al fin, te ha de volver al mismo cielo la alondra que te alumbra sobre el hombro!

V

Mueren en Dios los pensamientos míos,
muere ajada en el tiempo frente pura,
mueren igual diamante que hermosura,
mueren como los astros los rocíos.

Van al mar a extinguirse aquellos ríos,
va esa nube a morir sola en la altura,
va el viento a perecer en la llanura,
va en el viento el trigal de los estíos.

Va el ave en vuelo y cae de muerte herida.
Ante ello, un sacro horror muestra la vida.
Llora la carne, y ser semilla y siembra

y hambre de no morir, en sueños quiere.
Canta inmortalidad la lengua y muere.
Rey con tal hambre el hombre va a la hembra!

VI

Tiempo. Hasta en lo informe, las señales
de los astros imprimen movimientos.
Oigo el orbe. Las aguas y los vientos
gajos quiebran de bienes y de males.

Las rocas fingen frentes. Los cristales
presumen desusados pensamientos.
Y el mar trasmite en coros los lamentos
que ante la eternidad dan los mortales.

Y habla el tiempo. El futuro. Es comprensible.
No hay más que oírlo. El caos y lo posible
discuten sin rumor; los astros callan.

¿No oís como en la frente de los hombres
futuros, los ejércitos de nombres
sin cesar contra arcángeles batallan?

VII

Llueve ha miles de años. Los ovillos
de un diluvio entretejen en pantallas,
un orbe al que no ofenden las batallas
del llover, ni del tiempo los anillos.

Un pájaro entreabre sus ojillos
en mi cráneo, y me hurta las vituallas
de símbolos. Su afán no encuentra vallas,
disfruta en mí de arcones y castillos!

¿Qué es el ave? Es la idea que reposa
en mí, luego alza el vuelo y se hace cosa.
Ave filosofal del pensamiento.

¿Y el diluvio? No existe. No diluvia.
El ave se devora el elemento.
Ya sueño que no llueve, y no hay más lluvia.

VIII

Veo árboles crecer. Crecer. ¡Son tantos
los que en mí crecen, junto al árbol fuerte
en ciencias, que regó frutos de muerte
en mis barbas, peinándolas de encantos!

Ya son mis ojos árboles de llantos,
y árbol mi sexo; en tierra me convierte.
Y el sol, árbol de fuego que se vierte
sobre las brisas, árboles de cantos.

Mi corazón; terrible árbol de duelo,
y árbol florido de ángeles el cielo.
Mi conciencia es el árbol de las normas.

Mirad mi lengua: el árbol de las preces.
Mirad la nube: el árbol de las formas.
Y el mar, que es el gran árbol de los peces!

IX

— Toma, criatura, que ante el cielo mientes,
te doy tu azar, tu clave, tu sustancia.
La astuta forma habló con petulancia
y huyó con un gran fuego entre los dientes.

La copa que dejó, lumbres valientes
de sangre y vino y miel mostró a distancia.
Pero al rozar mis labios su fragancia,
toqué en los bordes nudos de serpientes.

Turbia es su luz. Y es suma de presagios.
Mis ojos ven en su cristal naufragios,
y ola que asciende, tórnase confusa,

brilla, y sólo a la muerte quiere darse.
¿Y así es mi ser? Su luz, al desbordarse
se cuaja en cabellera de medusa.

X

Quiebran oros del sol las verdes faldas
del monte. Arden mil formas. Se percibe
el gran brillo del éter, y allí escribe
el tiempo sus memorias en guirnaldas.

El misterio del ser cayó de espaldas
en mi pupila, como en hondo aljibe;
yo supongo que en roca viva estribe,
y él me inunda el mirar con esmeraldas.

Mintiendo tales goces, laberintos
veré en el cielo, y con razón e instintos,
le he de atribuir mecánicas eternas.

Ah, este cosmos que habito! Es orden puro.
Pero es falso. Lo forja un duende oscuro
que trabaja en mis ojos con linternas!

XI

Adán, lo leve, apenas. La sonrisa
del éter, testimonia su grandeza.
Tras siglos, da su flor naturaleza.
De antiguo fuego astral la rosa es risa.

El perfil del diamante que se irisa
oprime un sol y cólmase en belleza.
En todo ha de ser ley delicadeza.
Con pie de vidrio el tiempo estrellas pisa.

La noche esferas firma, el logos canta
en la elipse o del ave en la garganta.
La selva habla en acanto, el monte en bruma.

Mira el mar. Ya recoge el pensamiento
del abismo, y lo acorda a un leve acento
Si lo escribe ha de usar letra de espuma.

XII

Caen los días. Acaso en aquel pino
un ruiseñor repite esta congoja.
Un tiempo vacuo llega a mí y arroja
surcos sobre mi frente, y lauro, y lino.

Caen las selvas. Sonámbulo y sin tino,
el tiempo avanza el pie y hunde la hoja
del granado. Allí miro un ave roja;
tiende al azar la diagonal del vino.

Fué ese pájaro o fábula una clave
de mi niñez; subí en su impulso de ave.
Hoy soy, en cambio, un gran rosal caído.

Me habita el gavilán que no reposa;
rey que cedí lo eterno por la cosa,
y ángel que hallé el pecado en el sentido.

XIII

El astro aquél, tan puro en su retiro,
con su cifra que enciende en mi conciencia,
sólo existe en mis ojos. Su presencia
finge arder en umbrales de zafiro.

El, en cambio, el horror de que respiro
me asegura, al volcar su transparencia.
¿Se afirma por sí mismo en existencia?
¿Niega que ha de morir si no lo miro?

Mas, ¿por qué existo yo y existen astros,
y la serpiente que no deja rastros,
ni me quita jamás, esa ondulante

zozobra, cuyos ojos desde el suelo,
hurtándome las fábricas del cielo,
saben más que las cifras de diamante?

XIV

Por fin, los holocaustos. Humo denso,
y horror, y ayes bestiales, rezos, mitos.
Buitres hay que asustados por mis gritos,
graznan y esperan en peñasco inmenso.

Junto a las llamas, con envidia pienso
en los toros nevados y malditos
que ofrezco al Dios, y en goces infinitos
creo que arden mis músculos de incienso.

Ruego al Dios que tal muerte quiera darme.
Como la sacra bestia quiero alzarme,
y en humo y llamas hacia el sol volverme,

o en hombros de los altos astrosirme,
y en un instante en el azul perderme,
antes que en vida sin cesar morirme!

INDICE

INDICE

	Págs.
El Canto del Cuadrante	7
Los Altos Mitos	18
La Rosa del Sabio	41
Avión de Sueños	48
El Rosal y la Esfera	55
Inteligencia de la tiniebla	70
Poder de los tiempos	72
Milagro de existir	74
No interrumpido andar	77
A unas jóvenes frentes	79
Ola de formas	81
Cisterna del tiempo	83
Llamado incesante	85
El rey de la otra cumbre	88
El ara insatisfecha	90
Ultimo paraíso	93
La flor muerta en mi mano	95
Mitología del mar	98
La ley del poeta	101
Enigma de lo creado	103
Eternas figuras	105
Riqueza de sombras	108
Neutral abismo	110
Vanidad de lo variable	112
El mar en el astro	114
La Serpiente y el Tiempo	117

ALBAPRE

LAUS DEO
1938